Desciendes de mi pecho á la morada
Lóbrega tanto y tan desaliñada.
La inmensa Majestad que el mundo entero
No puede contener, allí Tú ocultas;
Allí eres mi alimento, y prisionero
De amor, allí tu resplandor ocultas,
Buscándote en mi pecho fiel abrigo,
Buscando en él un hospedaje amigo.
Al amante acorred que languidece,
Muere de amor, venid á confortarle;
Ya de mortal herida desfallece:
Calmad su ardor, ea, pronto á mitigarlo
Venid mortales y también heridos,
Sed presa de su amor, sed sus vencidos.

CANTO VII.

BENIGNIDAD DE DIOS.

TODO LO QUE PIDIEREIS EN LA ORACION, COMO TENGAIS FE, LO ALCANZAREIS.

Matth. 21, v. 22.

Como en tiempos remotos Grecia y Roma,
En ignorancia y ceguedad iguales,
A Jove dieron culto en sus pinturas;
Así, (este ejemplo toma)
Una gran muchedumbre de mortales
A Jehová se imagina en las alturas
Siempre áspero é iracundo,
Déspota fiero, siempre maquinando
Con torba faz, ó asolador vibrando
Sus vengadores rayos sobre el mundo.
Digno ¡ay! de Averno aborto monstruoso
Un estólido error tan lamentable,.
De un polo al otro á la verdad contrario.
Pues Dios, como afanoso,
Con semblante dulcísimo y amable,
Ojea desde su espléndido Santuario
Sobre la baja tierra,
Buscando si algún hombre agradecido,
Que se conozca por su amor vencido,
En sus ámbitos todos ella encierra.
Mas el recto sendero á un lado hicieron

Ya todos los mortales, olvidados
Del Creador, y aun nombrarlo les afrenta.
Todos se sumergieron
En terrenos inútiles cuidados,
Que negro olvido sin igual fermenta:
Cuando aun la torva fiera
No se maneja en modo semejante
Con su señor á quien halaga amante:
¡Oh insensatez, oh insania lastimera!
Por dichoso mil veces es tenido
Aquél que los umbrales del palacio
Pisa de un rey, que le otorgó bondoso,
Prestarle atento oído.
Mas he aquí que sus atrios de topacio
El Rey de reyes nos franquea amoroso;
Benigno en su semblante,
Acerca á todos á su trono augusto,
Ni con el ceño rígido y adusto
Se niega á quien le ruega suplicante.
Todos pueden hallarse en su presencia,
Ni tiene que gemir pobre ó mendigo,
Porque fué de sus puertas arrojado
Con rígida violencia;
No es menester para encontrar su abrigo
Andar y desandar el ya trillado
Sendero, y con paciencia
Esperar á sus puertas, las más veces
Afrontando repulsas y reveses,
Tras de una larga inútil insistencia.
Mas sin tasa de tiempo, sin medida,
A todos Él escucha placentero:
¡Tanta es del Rey Supremo la clemencia!
Y aun insta y nos convida,
De padre con empeño verdadero
A que á su real benéfica presencia
Las súplicas llevemos,
Que risueña forjó firme esperanza,
Que todo obtiene y eficaz alcanza,
Cuanto de ella impulsados demandamos.
Nunca [Él promete] volverán vacías,
Encubriendo su rostro sonrojado;
Y si arrancar de cuajo un alto monte,
Y á las olas bravías
Quisiéramos del mar nunca sondeado,
Arrojarlo tal vez, el horizonte

Veralo en el instante
Del mar en los abismos sumergirse.
No hay traba en Dios: con tal que pueda oírse
[1] La voz del que esto pide suplicante.
Parar del sol el giro impetuoso
¿No es un prodigio aun más sorprendente?
Esto no obstante, pudo el siempre invicto
Guerrero belicoso
Josué, obtenerlo con su ruego ardteinte:
A fin de que la noche el gran conflicto
No envolviera en su manto,
Ni al feroz enemigo, que iba huyendo,
Dispersara sus álas sacudiendo:
Pues él, del Universo con espanto,
Al sol habló palabra agigantada
Cuando al término ya de su carrera,
Al Olimpo enlutando descendía,
Por la pendiente hollada,
De su carro á apagar la ardiente hoguera,
Y lavarlo del mar en la onda fría.
Atónito escucholo
Febo; y tan nuevo singular mandato
Cumpliendo de un mortal con grande acato,
A sus raudos bridones intimolo;
Y las flotantes bridas recogiendo,
Llámalos hácia atrás: dando un bufido
Se encabritan violentos, el ardiente
Fuego ya conteniendo,
Aunque siempre rebeldes habían sido
Al espumoso freno reluciente.
Nunca sus resplandores
Había el sol tanto tiempo prolongado;
Ni otro prodigio igual se ha renovado
A través de los siglos voladores.
Pues doce horas el sol firmes detuvo
En un punto sus rápidos corceles,
Aunque impacientes por la gran tardanza;
Y otro tanto contuvo
La luna del empíreo en los dinteles
Obedeciendo á insólita pujanza,
El manso raudo vuelo
De sus constantes giros silenciosos,
En medio de los astros luminosos

1 O sea: con tal que vaya bien dirigida la oración; porque, como dice el Apostol Santiago: *no obteneis, porque no pedís convenientemente*.

Fijos también en el inmenso cielo.
Armado Elías con su oración potente,
Cual árbitro del mundo, á Dios clamando,
Ya de las lluvias el turbión desata,
O encierra largamente
Sus pesadas compuertas aherrojando.
Y aun contra aquél que osado no lo acata,
De fuego un torbellino
Hace bajar del cielo fulgurante;
Y una y dos veces calcinó al instante
[1] Del Rey la escuadra que á hostigarlo vino.
¿Y así, inertes aún y perezosos,
Ahogando en llanto penas indecibles,
Al cielo nuestra mente no alzaremos,
Al cielo, que imperiosos,
De Dios por las palabras inflexibles,
Con nuestras preces aun forzar podremos?
¿A un Dios, Rey Soberano,
Espléndido, sin par, nuestros gemidos
Y ayes esconderemos, siempre oídos,
Pues el divino oráculo no es vano?
Muchas veces, por tí no conocida
Rémora corta á la plegaria el vuelo;
Cuando el recto sendero no le enseña
Firme esperanza erguida
O el faro de la fé, que mira al cielo;
Y aun las más veces, en su error, se empeña,
Con pertinaz porfía
En pedir lo que al fin veneno y muerte
Pudiera inocular en su alma inerte:
Nunca la justa prece se desvía.
El compasivo Abrahán á Dios rogaba
Que el torrente de llamas suspendiera,
Ni aniquilara impúdicas ciudades;
Y firme así le hablaba.
¿Qué, tu ira, gran Jehová, no se extinguiera
Si limpios del borrón de esas maldades,
De toda mancha agenos,
Entre el número inmenso de malvados,

1 Dos veces tuvo lugar este hecho prodigioso, según se refiere en el libro IV de Los Reyes. (v. 10 y 12, cap. I) Dos veces mandó el Rey Ocazías un destacamento de cincuenta hombres al mando de un jefe, con órden de hacer bajar á Elías del monte donde se encontraba, y otras tantas hizo el Profeta que lloviera fuego del cielo y los consumiera.

Cincuenta justos fueren encontrados,
En piedad grandes, de virtudes llenos.
¿Acaso Tú, tan bueno y tan clemente,
Arrojarás tus dardos, enojoso,
Inocentes y reos en haz juntando?
Su súplica inocente
Oyó el Señor, con rostro cariñoso:
Si estos abriga, dice, el pueblo infando,
Mi brazo ya no muevo.
Mas cobrando vigor, nueva osadía,
Insta Abrahán en su cándida porfía,
Y así al justo Jehová sondea de nuevo:
—¿Si tal número, dice, se menguara
Por cinco menos, de íntegra inocencia:
Tu diestra á desarmar será potente?
¿Acaso no triunfara
También entonces tu sin par clemencia?
—Esto también te otorgo:—nuevamente
Insiste Abrahán: ¿si acaso
Sólo cuarenta hubiera irreprensibles,
Y al contagio de culpa inaccesibles
De la Ciudad nefanda en el regazo:
¿Fuera un dique también á tu venganza?
—Así será, le dijo: en su cimiento
Quedará la Ciudad, si los hospeda.
Insta él con más confianza:
—¿Y si de aqueste número descuento
Diez más, y á treinta reducido queda....?
También esto otorgóle
Benigno Dios. Pero otra vez suplica
El pío Abrahán, y animoso le replica:
¿Y si veinte se hallaren, preguntóle,
Desarmarás tu diestra fulminante?
Consiente Dios, por su bondad movido.
Pero Abrahán, nueva súplica ensayando,
Prosigue hácia delante:
—No te muestres, Señor, dice, ofendido,
Si pertináz insisto, forcejando;
Permite que postrera
Palabra añada: ¿acaso tus furores
Desarmarás, de dardos vengadores,
Si diez justos sin mancha élla tuviera?
Dios otra vez, sonriendo placentero,
Accede; y, si esta cifra me aseguras,
Dice, mi espada envainaré clemente.

¡Tanto en el mundo entero
El coro de los justos, almas puras,
Es de mil bienes la fecunda fuente!
¡Ah, fuiste reducida,
Oh Sodoma, á cenizas; mas si hubieras
Contado con diez justos, subsistieras,
Y éstos serían tu poderosa egida.

Y ¿podrá hallarse un rey tan bondadoso,
Como el Rey de las playas celestiales?
Pues parece que arroja de sus manos
El cetro poderoso
Con que hiciera temblar á los mortales.
Tan afable á los míseros humanos
Se muestra, cuando llega
A su oído sensible nuestro llanto,
Al escuchar el eco del quebranto:
Tanto el amor humano lo doblega.

¿Pero habrá quien creyera por ventura
Que el pío Josué y Abrahán tanto podían
Porque fuera su vida inmaculada,
Y de fé viva y pura
Un contínuo holocausto le ofrecían?
Mas tú dirás: mi frente está abrumada
De Dios por la ira horrenda;
Indigno de que me oiga, ciertamente,
¡Ay! soy al presentarme delincuente,
Ante su Augusta Majestad tremenda.
¿Qué esas voces dulcísimas no oíste,
Con que te afirma, que del cielo vino
No á recoger al justo fervoroso,
Mas á tí que seguiste
Del precipicio el lúbrico camino?
¿Te extraviaste? Ah, vuelve presuroso:
Serás bien recibido;
Y al mismo primogénito agraciado,
Jamás por áura impura contagiado,
Serás por tu buen padre preferido.

Con los brazos abiertos ya se lanza
A encontrarte; te extrecha fuertemente,
Y un ósculo dulcísimo resuena.
Manda, que sin tardanza,
El vestido más rico y esplendente
Que guardara á este fin en arca llena,
Con oro recamado

Que en la Serrana[1] púrpura campea,
Se te aderece, y al instante sea
Tu dedo en el anillo aprisionado
Quiere que aplausos mil el cielo atruenen;
Y en banquetes insólitos, suntuosos,
El gozo se desborde y la alegría,
Y el pecho henchido llenen.
Vosotros que apocados, temerosos,
De terror lleno y majestad sombría
Creeis al Señor Supremo;
Solícitos, venid á cercioraros,
Y gustándolo al fin desengañaros,
Muy dulce y muy amable es en extremo.

CANTO VIII.

OMNIPOTENCIA DE DIOS.

ÉL HABLO Y TODO QUEDO HECHO: MANDOLO Y TODO FUE CREADO.

(Ps. 32. v. 9.)

[2] Al principio del tiempo, el Cielo y Tierra
Sacó Dios del abismo, de la nada:
Con manto de tinieblas, noche oscura
Cubría envidiosa cuanto el Orbe encierra,
Y el Creador Almo Espíritu en alada
Centella atravesaba la espesura
Del Cáos undoso, y en tiniebla fría
Yacía la tierra, escuálida y sombría.
Mas: hágase la luz; Dios, de repente,
Tácito dijo: y ella sonriendo
Dentro el denso capúz, rápida asoma,
Cual noble primogénita, su frente
En bucles cristalinos, aplaudiendo
Con sus alas cual cándida paloma,
De júbilo y contento, al mundo entero
Bellísimo, risueño mensagero.
Y los Genios alados, á terrena

1 La famosa púrpura de Tiro, llamada también antiguamente Sarra ó Serra, nombre que tan sólo conservó la púrpura que ahí se teñía.
2 Esta interprètación me pareció seguir, entre las muchas que hay de las primeras palabras del Génesis: *In principio.*

Materia extraños, Mentes inmortales,
[Si firme es de los Padres la doctrina]
Entonces fueron, con la luz serena
Creados también: Las playas celestiales,
Háganse, dijo la Gran Voz Divina,
Del agua entre las moles superiores,
Y las líquidas masas inferiores.
Habló el Grande Jehová; y el cielo puro
Desplegó sus inmensos pabellones,
Dividiendo las aguas perezosas.
Dijo el Señor después: su dorso duro
Muéstre la tierra; y giman en prisiones
Del piélago las ondas ambiciosas,
Juntas en un lugar. Y en un momento,
Con mayor rapidéz que el raudo acento,
Ya todas corren á precipitarse
Entre espumosos vértices bravíos,
Que unos con otros chócanse bramando
Por dó empieza la tierra á desgajarse,
Ramblas formando, y alveos mil sombríos,
Su talle gigantesco ya engrosando,
Se alzan los montes, cuya hirusta frente
Va á chocar con los astros de repente.
Humíllanse los valles y los prados;
Y aun la tierra, de bochorno llena
Y aletargada, asoma su cabeza,
Yertos viendo sus campos y enlutados.
La voz de Dios suena otra vez en torno:
Rompa, dice, la tierra su dureza;
Y yerbas broten de sus hondos senos,
Y árboles de semilla y fruto llenos.
[1] Cuelgan luego mil frutos de oro y gualda
De los frondosos árboles gigantes,
Y la tierra se viste y atavía
De luciente bellísima esmeralda,
Que los prados tapiza exhuberantes;
Y en toda planta que la tierra cría,
La variada semilla luego abunda,
Con que al suelo feraz ella fecunda.
No bien el árbol su arrogante copa
Sobre el haz de la tierra había asomado,
Cuando, hinchando su tronco corpulento

1 En esta estrofa y la siguiente, el Poeta admite la producción instantánea de los seres vegetales, atendiendo á la parte estética del argumento, aunque actualmente la ciencia geológica no va muy de acuerdo en esto.

Se eleva gigantesco, hasta que toca
Las nubes su ramaje ya cargado
De los frutos suavísimos sin cuento,
Que no esperan de otoño los calores
Para mezclar dulcísimos sabores.
Dijo Dios, asimismo: dos lumbreras
Inmensas brillen en el alto cielo,
Que entre la luz y la tiniebla fría,
Sean como firmes fúlgidas barreras;
Y al hombre indique su constante vuelo,
El fugitivo tiempo, el mes y el día
Y el año dividiendo; y al instante,
Al espacio lanzóse el sol gigante,
Y de los astros Rey; el orbe entero,
Ebrio de tanta luz, quedó arrobado;
Y saliéndole al frente, sorprendióse
La luna al ver ese astro placentero;
Y queriendo emular de opuesto lado
Ese sin par fulgor; iluminóse
Robándole al sol mismo su riqueza,
Ya pronta á desafiarlo en su belleza.
Al día él preside con su rayo,
Ella á la noche; entonces encendidos
Por el sol, centellearon el ardiente
Marte y Mercurio y Júpiter muy gayo
Porque á su lado marchan adheridos
Cuatro pequeños pajes; juntamente
Sonríe Venus, y flota en los espacios
Saturno con su anillo de topacios,
Que entre [1] cinco satélites campea;
Y su trémula luz va descendiendo
Con inciertos vaivenes caprichosos,
Y por sendas tortuosas serpentea,
Ya creciendo con fuerza, ó retrayendo
Cual cansada sus pasos fatigosos.
A millares entonces pulularon
Y del cielo las cumbres coronaron
Infinitas lumbreras rutilantes,
Que irizadas con mágicos colores,
No pidieron ya al sol resplandeciente
Sus variados vivísimos cambiantes,
Cual otros tantos soles brilladores.
Dióles Jehová esa luz indeficiente

1 En tiempo del Autor tan sólo cinco eran los satélites conocidos de Saturno. Ahora se cuentan siete.

Para que del gran sol vicaria fuera;
Todo en servicio de la baja Esfera.
Dijo Dios otra vez: el mar profundo
Agítese, y los peces juguetones,
Y la turba parlera de las aves
Brote de su hondo seno; y ya fecundo
Hirvió el mar de mil peces retozones;
Que de los ríos por las corrientes suaves
Y en los lagos, con gran revoloteo
Doquier producen férvido escarceo.
Por otro lado con fragor y estruendo;
[1] De las ondas las aves, borbotando,
Ufanas asomaban su cabeza,
El rocío de sus alas sacudiendo;
Y el aire, á su despecho, sujetando,
Al remar de sus alas, con presteza
Las superficies líquidas dejaban,
Y alegres notas á los vientos daban.
Habló Jehová otra vez: el dorso duro
Rompan los brutos de la tierra umbría
Reptiles y cuadrúpedos, y ansiosos
A aspirar salgan el ambiente puro.
Sin más tardanza ya á la luz del día
Unos se arrastran, lentos, perezosos;
Otros como el relampago violentos,
Brincan, corren y atrás dejan los vientos.
Allá sobre alta roca el león domina
Y hace al valle temblar con su rugido;
Y aclamándose rey se enseñorea
Sobre el valle, y el bosque y la colina.
Acá el corcel relincha enardecido,
Y con bélico ardor relampaguea,
Hiende la tierra, fuego respirando,
Y su crín á los vientos agitando.
En otra cima como en atalaya
Levanta el ciervo su ramosa frente;
Del rebaño acá se oyen los balidos;
Allá el cabrito petulante ensaya
De marcial lucha simulacro ardiente,
Y por musgosas rocas esparcidos
Los otros entre zarzas ramonean,
O brincan, se encabritan, juguetean.
Entonces dijo Dios: á semejanza

1 Adviértase aquí lo mismo que se dijo en la nota de la pág. 91.

de nuestro ser al hombre fabriquemos,
Y la imágen él sea de nuestra esencia;
Y armándole de imperio y gran pujanza,
En sus manos el cetro coloquemos,
Conque el Orbe sujete á su potencia;
Y Él mismo el tosco lodo manejando,
Forma y noble figura le fué dando.
Espíritu infundióle con su aliento,
Incorpóreo, inmortal, soplo divino;
Y así al vil fango que la planta oprime,
Hizo capaz de vida y movimiento:
Noble razón y libertad le imprime;
Y enseña al hombre que ame reverente
A su Padre y Creador Omnipotente.
¡Estupenda de Dios obra admirable!
Que espíritu tan noble y encumbrado,
Gérmen divino, á una tan víl criatura
Con el nudo más fuerte y amigable,
Se haya en íntima unión así estrechado;
Y alma inmortal, en singular mixtura,
Y cuerpo, arcilla vil ¡qué opuesto todo!
Se hayan fundidos en tan extraño modo.
El hombre resultando, peregrina
Imágen en su parte incorruptible,
De su mismo Creador, Triple potencia
Ella disfruta, y así es una y trina;
Es una sola esencia indescriptible,
Son tres sus facultades. De la esencia
De su grande Creador, como un sagrado
Sello indeleble, en ella está grabado.
Como á su rey, la tierra por doquiera
Sus flores le brindaba, y le ofrecía
Sus hinchadas espigas ondulantes;
Los árboles le instaban que cogiera
Sus frutos sazonados, que á porfía
Le ostentaban sus galas rozagantes;
Y su cauda los leones agitando,
Lo acariciaban á sus piés bufando.
Al mandato del hombre el pez saltaba,
De sus líquidos reinos, y las aves
Su vuelo recogiendo, descendían
A dó el hombre á su arbitrio las llamaba;
Y en dulces trinos y gorgeos süaves
Y festivo susurro, se extendían
Y en reedor de su rey como aplaudiendo,

Y en ledo son, sus alas sacudiendo.
Mas hé aquí que indecisa, vaporosa,
De Adan rompiendo el sueño sosegado,
Se le presenta, ufana en el semblante,
Ampo de nieve, una mujer hermosa
Atónito dejándolo y pasmado;
Y al mirarla tan bella y tan amante,
Con un amor castísimo estrechola
Y en santa eterna alianza desposola.
Otro pacto más santo y admirable
Dios al mundo enunciaba de esta suerte:
Pues su Eterno Unigénito, del mundo
Arbitro y gran Señor, al implacable
Ceño se rendirá de la cruel muerte;
Que al golpe de su acero furibundo
Romperá con audacia su costado,
Dejándolo ya todo desangrado;
Y nacerá de la profunda herida
Una Esposa muy digna del Esposo
Que ha de formarse el mismo Omnipotente
Con primor entre todas escogida.
Esto, en aquél arcano misterioso,
Dios bosquejaba entonces sabiamente,
Cuando de Adán, dormido en sueño ledo,
Tocó el muelle costado con su dedo;
Y una costilla entonces destrabando,
De Eva formó la espléndida escultura,
Llena de vida, fúlgida, hechicera
La que á Adán, al romper su sueño blando,
Presentó al improviso, cual futura
Esposa digna, amante compañera.
Esta pues era la figura hermosa,
Bosquejo fiel de la divina Esposa,
Que el Rey del imperio fulminante,
En santísima alianza sempiterna
Con amor casto desposar debía.
Así Dios, cuanto quizo en un instante
Todo lo creó con su palabra eterna,
Mirando complacido lo que hacía;
Un sólo *fiat* bastole; y el gran mundo
Hizo brotar del negro caos profundo.